

LIBROS

DAVID DOUGLAS DUNCAN, *El mundo privado de Pablo Picasso*, Editorial Ridge Press, Novaro-México, S. A., distribuidores, 1958.

Antes de dar forma a este libro, y con tal propósito, el autor vivió varios meses en la casa de Picasso en Cannes, durante los cuales tomó —afirma, y no hay por qué dudarlo— más de diez mil fotografías del pintor, de su familia, de sus amigos, de su ambiente. Así, uno puede ver a aquél en las situaciones y actitudes más inesperadas: vestido de payaso, en la tina de baño, impartiendo una lección de marimba a Cocteau, recibéndola de tiro al blanco de Gary Cooper y hasta —cuando uno ya está a punto de olvidar lo principal— pintando.

Dueño de la más franca confianza del artista, Duncan tuvo a lo largo de esos meses la oportunidad no sólo de fotografiarlo con la mayor libertad, sino de conocerlo a fondo, de observar sus costumbres y sus respuestas ante lo dramático y ante lo trivial. Resultado: una imagen casi cinematográfica, sencilla y veraz, del más grande y discutido artista de nuestro tiempo. La colección de fotografías está reforzada por un emotivo relato de las experiencias y reacciones del fotógrafo en esos días, relato de tal calidad que a veces la parte gráfica, con ser tan de primera, viene a parecer un mero complemento. Tanto del uno como de la otra, los que se acerquen a este libro extraerán más de una valiosa enseñanza.

E. T.

ALFONSO TEJA ZABRE, *Vida de Morelos*. (Nueva versión). Universidad Nacional Autónoma de México, 1959, 313 pp.

El esfuerzo del autor está encaminado principalmente a delinear una imagen "objetiva" de Morelos, diferente a la que han pretendido hacer valer las pasiones partidistas. Para Teja Zabre, Morelos no es "el demonio" de los conservadores, ni "el santo" de los liberales, sino un hombre con virtudes y defectos —más bien víctima de la mala fortuna— y que aun reconociendo sus debilidades, no se le puede negar talento militar y dotes de organizador geniales.

Ha sido tan común ver desde el punto de vista "romántico" a nuestros héroes que el enfoque "científico" casi resulta sorprendente. Sin embargo los métodos de la ciencia tienen sus limitaciones: pues el historiador se atiene sólo a documentos auténticos, y éstos son escasos. Además la vida de Morelos no puede considerarse como una historia particular, sino en relación con los sucesos de la época. Para explicar su conducta antes se deben descifrar las circunstancias políticas que determinaron sus acciones y su pensamiento, para después determinar la manera cómo él, a su vez, influyó sobre la historia en general; asimismo es necesario penetrar a fondo en las intenciones políticas de los diversos grupos interesados, para poder valorar y com-

prender justamente la trascendencia de Morelos.

C. V.

JOSÉ MANCISIDOR, *Se llamaba Catalina*. Ficción, 4. Universidad Veracruzana, Xalapa, 1958, 140 pp.

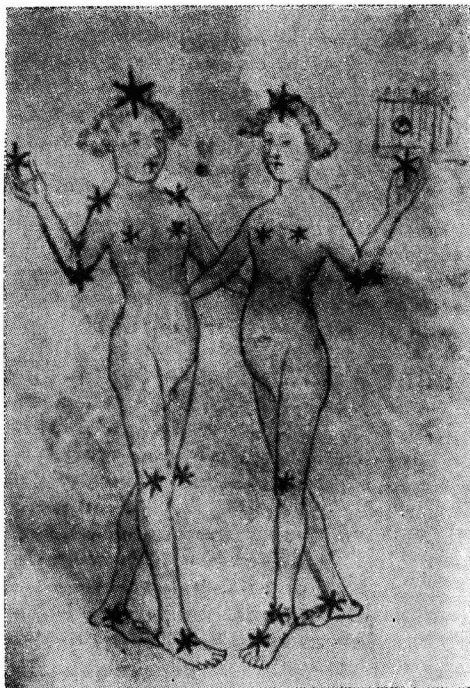
A pesar de no tener muchas cualidades literarias esta narración, de sabor autobiográfico y estilo directo, se lee con agrado.

El lector cansado de los relatos sombríos aquí encuentra un mundo normal, y a un muchacho sano —el protagonista—, y también halla, en vez de panoramas negativos, una exaltación viril de valores humanos, en especial de la ternura y de la justicia.

C. V.

RENÉ MARQUÉS, Teatro. Ediciones Arreife. México, 1959, 304 pp.

En muy pocas ocasiones tenemos oportunidad de conocer en México las obras de los escritores de los demás países hispanoamericanos, que, descontando a Argentina, Chile, y en parte Perú y Colombia, no cuentan con una industria editorial capaz de difundirla. Esta edición, que incluye tres obras del dramaturgo puertorriqueño René Marqués (*Los soles trunco*, *Un niño azul para esa sombra* y *La muerte no entrará en palacio*), demuestra ampliamente que esta falta de comunicación es imperdonable. Marqués, de quien sólo se conocían en México algunos cuentos, es un excelente dramaturgo, dueño de una técnica firme y efectiva, y con un original sentido de la escena. Las tres obras que incluye el volumen, además de su indudable validez temática, están realizadas mediante un sistema que incorpora al diálogo la música de fondo, la música y la iluminación como elementos narrativos, aumentando las posibilidades del lenguaje teatral; contienen caracteres perfectamente trabajados y desarrollados; están construidas dentro de una concepción del tiempo escénico sumamente libre pero muy efectiva; y transmiten el mensaje so-



cial que el autor se propone comunicar con precisión y buen gusto, sin traicionar nunca la psicología de los personajes en beneficio de éste. Son obras de un autor que merece la atención del público más exigente y que tiene ya una definida y muy valiosa personalidad como dramaturgo.

J. O.

MARGARITA NELKEN, *Carlos Orozco Romero*. Colección de Arte. Universidad Nacional Autónoma de México. México, 1959, 145 pp.

Presentado con precisión y pericia técnica por Margarita Nelken, que sitúa en el tiempo al artista y hace un breve balance de los valores plásticos de su obra, ha correspondido a Carlos Orozco Romero el honor de ocupar el séptimo lugar en estos Libros de Arte cuidadosamente editados. La obra del pintor jalisciense revela con demasiada claridad los puntos de contacto de su autor con la técnica de la caricatura y no logra alcanzar siempre verdadera calidad plástica; pero contiene sin embargo, algunos cuadros muy dignos de tomarse en cuenta.

J. O.

MAURICIO SWADESH, *Mapas de clasificación lingüística de México y las Américas*. Cuadernos de Historia, 51, Serie Antropológica, 8. México, 1959, 36 pp. + 5 mapas.

Lo importante de esta publicación es la presentación de una forma novedosa de clasificación lingüística para nuestro continente. Su autor, Mauricio Swadesh, es en la actualidad la persona más capacitada para levantar mapas lingüísticos y esta publicación abre un campo nuevo para los estudios históricos de los grupos indígenas de América. Swadesh claramente hace notar el carácter experimental que aún tiene su método.

Antes se dividían los idiomas en familias y estirpes o filumes como grupos que existían más o menos aislados, según lo afirma Swadesh; pero ahora se ha comprobado la relación multilateral de las lenguas, basándola en tablas léxico-estadísticas, mismas que forman el campo propio de la disciplina lingüística conocida como Glotocronología.

Swadesh presenta un nuevo método para el trabajo clasificatorio de las lenguas del Continente Americano. Al respecto dice: "No deben intentar reconstruirse los grupos lingüísticos tratando de buscar las "proto-lenguas" sino más bien debe determinarse primero la estructura del conjunto lingüístico actual del continente, y al hacer esto notarán las relaciones remotas y cercanas entre las lenguas."

Explica cómo actúa el mecanismo de desarrollo geográfico de las lenguas, esto es, las variantes locales que alteran (a veces profundamente) la "red" lingüística de distribución.

Postula dos grupos clasificatorios para el estudio glotocronológico: los grupos de primer y segundo orden; basándolos en diferencias de "siglos mínimos". Cuenta siglos para los de primer orden y cuarenta para los de segundo.

El cálculo del porcentaje de "cognadas" del que se vale Swadesh está basado en la comparación de dos "listas diagnósticas" correspondientes a dos idiomas dis-

tintos cada vez; de éstas comparaciones sucesivas se obtiene un porcentaje de "cognadas", o sea, de palabras que tienen un mismo origen. Y por último, el porcentaje de "cognadas" se convierte en una medida en "siglos mínimos".

Concluye Swadesh diciendo que las lenguas de América no se formaron en aislamiento, sino en contacto con el Viejo Mundo y que el "poblamiento" de América y la diferenciación lingüística se desarrolla simultáneamente.

Para su trabajo Swadesh utilizó los mapas continentales de la última edición de *Les Langues du Monde*, A. Meillet y Marcel Cohen eds., París, 1952, con algunas modificaciones debidas a su nueva clasificación. Y se valió también de "corredores" que señalan las áreas separadas y que indican que son del mismo grupo.

De México presenta dos mapas lingüísticos, uno de clasificación y otro de colocación, basados en los mapas de Miguel Othón de Mendizábal, Wigberto Jiménez Moreno y Evangelina Arana Osanaya. Y da, por último, un Índice Alfabético de las Lenguas de México con un total de 147 lenguas para toda la República.

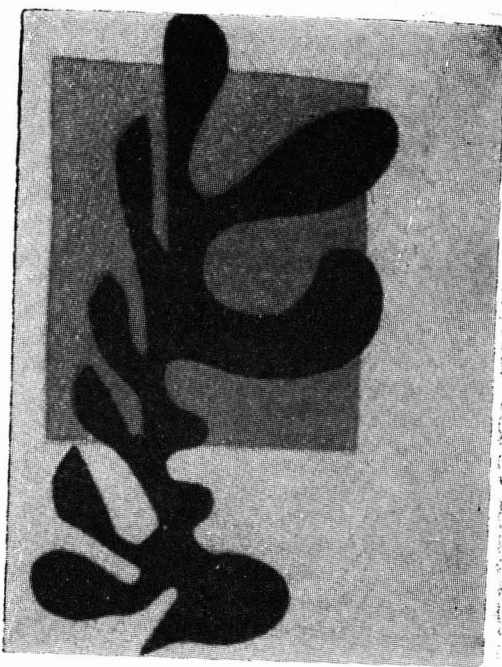
J. E. R.

HARRY LEVIN, *James Joyce, Introducción crítica*. Traducción y notas de Antonio Castro Leal. Breviario, 144. Fondo de Cultura Económica. México, 1959. 221 pp.

Publicado originalmente en 1941, este ensayo del profesor Levin sigue siendo uno de los mejores estímulos para quienes desconocen la obra de Joyce, y una exégesis metódica para los lectores del más grande creador de nuestro siglo. Levin aparta los obstáculos que impiden la comprensión del maestro irlandés, redacta un libro comparable a los trabajos que sobre Joyce han realizado Valéry Larbaud, Ernst Robert Curtis, S. Foster Damon y, más recientemente, Jean Paris.

Fruto de una Irlanda que dio a las letras inglesas las figuras de Synge y de Yeats, Joyce resuelve el conflicto que dividía la literatura del novecientos. A la pugna entre opulencia y realidad, entre naturalismo y simbolismo, Joyce responde fundiendo, contrastando los límites violentos de la realidad y la riqueza lírica. En *Ulises*, el libro que da forma a todo lo que hoy se escribe en el terreno de la ficción, las dos tendencias se fusionan: el simbolismo épico impregna la atmósfera naturalista. A Joyce no se le puede enclaustrar en una escuela literaria; él, solamente, representa una tendencia; pero su originalidad descansa en una sólida tradición de cultura.

Estrechamente emparentado con su libro de cuentos *Dublinenses*, con su drama *Desterrados* y los poemas que agrupó en *Música de Cámara*, un documento autobiográfico, *El artista adolescente*, conserva sus primeros veinte años de experiencia en Irlanda. Las décadas siguientes, plenas de actividad creadora, transcurren en Austria y en Suiza y se coronan con la terminación de *Ulises*. Sus últimos años en Francia (los que precedieron a la segunda conflagración mundial) se expresan en el intraducible laberinto al que Joyce llamó primero *Work in progress* y al concluir *Finnegans wake* (A este título



lo se alude en nuestro idioma como el "despertar", aunque más correcto sería, supongo, la "resurrección" o el "velorio" de Finnegans.)

La comunión y la discordia entre el artista y la ciudad son los temas obsesivos que pueblan el dédalo de mundos que es el cosmos joyceano. Quien llegara a la estética por el camino de la teología, fue alejado de la ortodoxia cristiana por el eco rebelde de Ibsen y las herejías anti-aristotélicas que halló en Giordano Bruno, junto con Vico, el soporte filosófico de algunas de sus ideas artísticas.

Ulises, la complejísima narración de un día de Dublín, el 16 de junio de 1904, corre al lado de la *Odissea* evitando lo heroico, semejante a paralelas que nunca llegan a encontrarse. *Ulises* logra, mediante el lenguaje, una imitación literal de la vida. Su forma (y esta observación no es el menor mérito de Levin) es una *Suma* ecléctica de la época: montaje cinematográfico, impresionismo pictórico, *Leitmotiv* musical, libre asociación psicoanalítica e impulso vital heredado de la filosofía. El monólogo interior, que la ignorancia supone la única aportación valedera de Joyce, es apenas un recurso estilístico con antecedentes de Dujardin, Dostoyevski y el diario de Fanny Burley. En cambio, Joyce otorga a la prosa narrativa un medio de mayor eficacia para el reflejo de las sensaciones y las impresiones que la realidad deposita en los espíritus creadores. Su enfoque facilita el tránsito del realismo fotográfico al impresionismo estético. Como Swift, Joyce fue dueño de un estilo perfecto, de una imaginación irrefrenable que lo condujo a dar trascendencia a lo trivial y a trivializar las cosas trascendentes.

James Joyce se resignó a ser el testigo de la caída, del fin de nuestra civilización. Desfiguró la literatura y sobre sus ruinas edificó las bases de una estética nueva que guía, íntegramente, a la novela contemporánea. Más allá de su revolución filológica y de sus cambios novelísticos, conoció el interior de los humanos y nos legó el testimonio de su insignificancia y el áspero sabor de su grandeza.

J. E. P.

ALFONSO REYES, *Obras completas*. Tomo IX. Fondo de Cultura Económica, México, 1959. 527 pp.

Al lado de sus obras más profundas, de sus claros estudios sobre la tradición del humanismo, Alfonso Reyes deja correr la pluma en comentarios ocasionales—crónicas, artículos, fantasías—suscitados por cualquier hecho que lo haga solidario del mundo o sea útil para explorar una región del alma americana.

En el tomo noveno de sus *Obras Completas* Reyes emplea el tono menor de reseña y divagación que acrece su prestigio, confirma su maestría. En su literatura no hay páginas inútiles: el motivo más tenue está iluminado por una luz verbal que reviste de magia, de malicia prosódica, todas las intenciones del gran escritor.

Muchos capítulos del tomo fueron escritos para la prensa diaria. Con ello, don Alfonso demuestra que el periodismo ofrece las mismas posibilidades y limitaciones de cualquier otra aventura verbal y que es error de apreciación juzgarlo o ejercerlo olvidando sus vínculos estéticos.

En *Norte y Sur* Reyes codifica el recuerdo de su carrera diplomática. Su deslumbramiento ante Buenos Aires o Río de Janeiro es semejante al que informó sus contemplaciones madrileñas (*Calendario*, *Cartones de Madrid*) De ahí que el tema de ambas capitales se interpole a la descripción de las faenas que dieron forma al Canal de Panamá o al acercamiento de Garibaldi y a Maximiliano. Hay aquí dos ensayos que destacan por sus cualidades de síntesis: *México en una nuez* y *Brasil en una castaña*, resúmenes que explicando el pasado de dos naciones ayudan a la formación de una imagen de América.

Los trabajos y los días reúne títulos sin aparente consonancia. Los separan sus temas; los unifica el claro estilo, el rigor entre líneas del maestro Reyes cumple un necesario homenaje a Jorge Luis Borges; al comentar un libro de Leopoldo Zea *El positivismo en México* anota la dignificación de la historia mexicana; estudia la novela policial y los efectos del *peyotl* o mezcalina, droga alucinante de los tarahumaras cuyos efectos ha descrito Aldous Huxley. Al tiempo que se reconcilia con Menéndez y Pelayo, cita a la radio como instrumento de la *Paideia*, palabra que desenterró Werner Jaeger y que es, más allá de la infancia y la juventud, de las escuelas y universidades, la diaria construcción del hombre por el hombre, de donde resultan, añade Reyes, el carácter y el valor de las civilizaciones. Dilucida en 1944 los problemas de la guerra y la posguerra, habla de las nuevas artes en las que han derivado los viejos agentes de la comunicación humana; reflexiona sobre el mexicano, sus características actuales y futuras.

Aquellos que juzgan al escritor por referencias precarias tienen en este libro buen material para modificar sus opiniones: México es la presencia constante en la obra de Reyes, la medida que emplea para enjuiciar las cosas.

Historia natural das laranjeiras es un tributo a la feracidad de Río de Janeiro. Los mitos zoológicos y botánicos de Brasil provocan una páginas que gozan la riqueza plástica de la mejor pintura brasileña.

Las obras completas de Alfonso Reyes—en el vasto sentido del vocablo, no solamente en el editorial—constituyen la prueba de una vocación generosa, un ejemplo cuya lectura es ya material clásico para todo escritor.

J. E. P.